

## EL LUGAR Y LA INFLUENCIA DE LA FILOSOFIA POLITICA Y SOCIAL

### I

La nueva filosofía política y social ha sido tenida durante algún tiempo en menos estima que lo acostumbrado, y las reivindicaciones de la misma, incluso las de los que se dedican a ella, han sido modestas. Los días de los grandes creadores de sistemas —se ha dicho— han pasado. La filosofía política ha cedido el puesto, aparentemente, a la ciencia política, que es circunspecta, diligente y lenta. No sólo esto. Hay escépticos que quieren decir más que eso de que los días de los grandes constructores de sistemas han pasado: quieren también persuadirnos de que el influjo de las viejas filosofías políticas y sociales fué siempre pequeño, que su popularidad se debió a su acierto en acicalar atractivamente ideas que ya estaban en el aire. Esas filosofías —dicen— son producciones literarias, vuelos de la imaginación, síntomas de su tiempo más que teorías que hayan cambiado grandemente las mentes y la conducta de los hombres.

Este escepticismo es una reacción contra una imagen demasiado simple de cómo la filosofía afecta al curso de la historia humana. Los historiadores acostumbran a menudo a escribir como si los pensadores lanzasen las ideas que han elaborado, las cuales, llegando al pueblo, se convertirían en la inspiración para realizar grandes esfuerzos para cambiar la sociedad. Así, los filósofos del siglo XVIII desvinculan de la religión a las clases medias de Francia y las convierten a una creencia en la igualdad, y esta revolución intelectual conduce rápidamente a la revolución social y política que empezó en 1789. Esta imagen de una gran revolución inspirada por un puñado de filósofos fué durante mucho tiempo ampliamente aceptada, tanto por los enemigos como

por los amigos de la revolución; por Burke y de Maistre, tanto como por Hegel y Michelet.

Esta imagen ha sido rechazada por un buen número de razones. Se ha notado que sólo donde las condiciones sociales son propicias pueden ser comprendidas las ideas; que la amplitud con que el pueblo se convierte a esas ideas depende, no de la verdad de tales ideas o de cualquier otra cualidad que las haga universalmente atractivas, sino de la clase de sociedad en que se dan y de la clase de cambio que esté teniendo lugar en esa sociedad, de tal modo que las filosofías que incorporan esas ideas pueden ser llamadas algo así como los «productos» de las condiciones sociales en que florecieron. Lo que quiere decirse en este contexto con la palabra «productos» ha sido puesto en claro raras veces, si es que alguna se ha llegado a ello; pero lo más probable es que la palabra haya sido usada para sugerir que la filosofía social y política no ha sido una causa importante de cambio social.

En segundo lugar, se ha observado que las revoluciones, inspiradas supuestamente en ciertas doctrinas, han conducido, de hecho, a resultados muy diferentes de los deseados o imaginados por los creadores de tales doctrinas. De todos los filósofos franceses fué Rousseau el que influyó con más peso sobre los jacobinos, y, sin embargo, la Francia que ellos ayudaron a formar no estaba mucho más próxima a su ideal que la Francia que ayudaron a destruir. Los bolcheviques estaban más fuerte, estrecha y acaso más pedantescamente adheridos a las doctrinas de Marx y Engels que los jacobinos a las de Rousseau, pero esta gran devoción no les llevó a hacer una revolución en armonía con las doctrinas que apreciaban. No hay por qué acusarles a ello o a los jacobinos de insinceridad. Los hombres que intentan reformar la sociedad ven surgir muchos obstáculos imprevistos, y sus acciones tienen muchas consecuencias insospechadas. Tales hombres no hacen nunca aquello que empezaron a hacer, pues sus propósitos cambian en el curso de sus acciones. Pues, o interpretan tan vagamente las doctrinas que les inspiran que son estorbado muy poco por ellas, o bien reinterpretan tales doctrinas para adaptarlas a las circunstancias. Todo esto es, también, causa de que los escépticos saquen la conclusión de que la filosofía política y social no es una causa importante de cambio social.

En tercer lugar, ha sido notado que los grandes pensadores.

aquellos cuya influencia se piensa comúnmente que ha sido más amplia y profunda, no estaban solos en la defensa de las ideas que en sus días eran las más manejadas y poderosas. Acaso ellos construyeron los sistemas de pensamiento más imponentes, más consistentes y más bellamente formados, pero es que, mucho menos que los sistemas, lo que influye en la conducta, son ciertas ideas contenidas en ellos, y que no necesitarían del sistema para ser poderosas. Estas ideas estaban en gran parte en el aire durante cierto período, y los grandes filósofos no hicieron sino darles una expresión más atractiva, más lúcida o más atrevida. Se hicieron a sí mismos los portavoces de su edad, aunque más para los ojos de la posteridad que para los de sus contemporáneos. Las ideas que ellos compartieron con otros vinieron a ser consideradas como sus ideas y como su aportación al mundo. O bien, aun admitiendo que alguna idea fué expresada primero por alguno de ellos, se arguye que si él no la hubiese concebido, algún otro lo habría hecho, pues los tiempos estaban listos para su nacimiento. Por este camino, la importancia de cualquier filósofo político o social es fácilmente infravalorada, y de aquí se pasa a decir lo mismo de la filosofía política y social en general, aunque la lógica de tal argumento no está clara. Se afirma primero que si no hubiesen vivido Hobbes, Locke, Montesquieu, Rousseau, Hegel o Marx, el curso de la historia no habría sido demasiado diferente, y se termina concluyendo que la filosofía social y política no ha tenido mucha influencia en el curso de la historia.

Estas tres líneas de razonamiento son todas engañosas. Por descontado que hay condiciones sociales que favorecen o impiden la extensión de ciertas doctrinas. ¿Quién puede dudarlo? Pero también existen condiciones sociales que favorecen o impiden la extensión de ciertos inventos o de métodos de producción nuevos. Muchas sociedades retrasadas han sido forzadas a realizar un progreso tecnológico desde el exterior, bien por conquistadores extranjeros o por revolucionarios domésticos inspirados en filosofías políticas o sociales extranjeras. Si Pedro el Grande y Lenin quisieron elevar rápidamente a Rusia al nivel de Occidente no fué porque las condiciones en Rusia fueran especialmente favorables para el progreso tecnológico, pues lo eran mucho más para el establecimiento de una autocracia. Las ideas que inspiraron a estos dos grandes revolucionarios no las compartían sino una pequeña fracción del pueblo al que tan severamente

conducían en lo que llamaban una dirección «progresiva». Pedro el Grande quedó fascinado por la concepción occidental del Estado como una monarquía bien administrada, respetuosa de la ley y militarmente formidable, mientras que Lenin fué un converso de la peculiar rama del socialismo revolucionario llamada Marxismo. Las condiciones sociales de la Rusia de Pedro no eran tan favorables para la extensión de ideas políticas o instituciones occidentales como para una autocracia y burocracia del tipo bizantino por lo que Pedro tuvo las mayores dificultades en «occidentalizar» a Rusia. Sin embargo, su intento de occidentalización, que sólo tuvo éxito parcialmente, es de máxima importancia en la historia rusa. De nuevo en los tiempos de Lenin, las condiciones sociales rusas, aunque altamente favorables para la conquista del poder por una minoría despiadada, no lo eran para el establecimiento de lo que Marx o Engels entendían por dictadura del proletariado o por socialismo. Tampoco existían condiciones especialmente favorables para una rápida industrialización, quizá menos favorables aún de las que se habían dado en los últimos años del zarismo. Ciertamente, los bolcheviques tendrían que usar unos métodos muy duros e impopulares para hacer de Rusia una potencia industrial. Sin duda, las condiciones sociales les permitieron usar con éxito tales métodos, pero las condiciones sociales ni exigieron que usaran *esos* métodos para *ese* propósito ni les impidieron usarlos para cualquier otro, lo que no quiere decir que tales métodos pudieran ser usados para realizar cualquier proyecto. Muchos socialistas occidentales afirmarían, según creo, que el socialismo y el gobierno del proletariado no pueden ser alcanzados por tales métodos, y para apoyar su argumento apelarían, entre otras cosas, a la autoridad de Marx y Engels y al historial de los bolcheviques.

Nadie piensa en afirmar que puesto que las nuevas invenciones requieren ordinariamente condiciones sociales favorables para realizarse y extenderse no afecten profundamente al curso de la historia. Una vez que se logran y usan con amplitud. Nadie se siente inclinado a tratarlas por esta razón como meros efectos o subproductos de otras actividades y con poca o ninguna virtualidad para realizar grandes cambios. Sin embargo, la gente habla a menudo de las filosofías sociales y políticas en este sentido, como si fueran efectos de otras actividades sociales del hombre a las cuales ellas afectarían escasamente.

Más aún. Dado que los hombres que han hecho grandes cambios en el mundo hayan sido frecuentemente infieles a las doctrinas que han proclamado, no se sigue que sus acciones no hayan estado profundamente influidas por tales doctrinas. Ellos han actuado por otros motivos además del de dar efectividad a sus doctrinas, y en cualquier caso, con independencia de lo grande que fuera su poder y de lo profunda que fuera su fe, se han visto obligados a aceptar muchos compromisos. Bajo la presión de la ambición o de las circunstancias han abandonado o deformado muchas partes de su fe original. Podemos mantener con bastante lógica que mucho de lo que Lenin hizo era tan incompatible con el marxismo que la sociedad que contribuyó a crear habría sido condenada por la filosofía marxista como era interpretada antes de la revolución de octubre, o bien que no habría actuado así si no hubiese sido un marxista.

Los revolucionarios no usan las filosofías sociales como los arquitectos sus planos; esta idea sería absurda.

Tanto los revolucionarios como los reformadores tienen mucho más de improvisadores que de planificadores. Sin embargo, también están ellos profundamente inducidos por las filosofías sociales y políticas.

Probablemente es cierto que, puesto que los hombres gustan de las explicaciones simples y no quieren agobiar demasiado sus memorias, asocian las ideas y doctrinas más familiares y perdurables de una época con sólo unos pocos pensadores, a los que consideran sus autores. Estudios más cuidadosos revelan posteriormente que la contribución peculiar incluso del más importante pensador es más pequeña, acaso mucho más pequeña de lo que se pensaba. Esta sombra, proyectada sobre los grandes nombres, no añade ningún lustre a los más pequeños pues sus poseedores están ordinariamente mucho menos provistos de talento. Se disminuye así la talla de todos los filósofos, viendo que los mejores son menos excelentes de lo que parecía, y que los otros son claramente inferiores.

Pero todo esto no mengua la importancia de la filosofía social y política aunque afecte a nuestros sentimientos y empañe nuestra admiración. No podemos concluir, como algunos parecen hacer (seguramente en momentos de inadvertencia, pues de otro modo la absurdidad de tal posición sería demasiado evidente), que puesto que la importancia de este o aquel pensador ha sido

exagerada —aun siendo los mayores de su clase—, hay que concluir que la influencia de la teoría social y política ha sido igualmente sobreestimada. Si disminuimos nuestra estima por ellos es por comparar sus realizaciones con las de la entera sociedad de los pensadores, de la que son las luminarias más brillantes. La masa total de ideas está aún ahí, con independencia de lo pequeña que sea la parte producida por las mentes más fértiles, y sus efectos son los mismos. No menospreciamos la importancia social de las actividades intelectuales de los hombres por demostrar que los grandes pensadores, especialmente a distancia, aparecen más grandes de lo que fueron en la realidad. Si no intentamos robar su importancia a la ciencia natural de una forma tan tosca, ¿por qué habíamos de hacerlo con la filosofía social y política? ¿Acaso porque la ciencia ha hecho su mejor reivindicación describiendo el mundo tal y como es realmente, mientras que la filosofía social y política no lo ha logrado? Pero esto es irrelevante, pues estamos considerando la importancia social de una cierta forma de actividad intelectual y no la veracidad de sus hallazgos.

Existe otro argumento que se usa a veces también para restar importancia a los grandes pensadores. No se niega la originalidad ni la importancia de sus teorías. La contribución del hombre al conocimiento o la creencia libremente admitida se acepta que fué verdaderamente grande, pero se afirma que si él no lo hubiese hecho algún otro lo habría realizado. Acaso esto sea cierto, pero entonces este otro habría sido también un genio, un hombre entre diez o cien mil. Si no existiesen tales hombres, científicos, filósofos o creadores de fantasías, o acaso una mezcla de los tres, el curso de la historia habría sido bastante diferente. Cuando decimos que ciertas ideas nuevas están «en el aire» en este o aquel período, no queremos decir que existan millones de mentes ordinarias, listas para darlas nacimiento, sino más bien que el tiempo estaba sazonado para su concepción en las poquísimas mentes capaces de concebirlas. Esto no disminuye nada la importancia de esas ideas, que no es que hayan nacido en el aire y encontrado después alojamiento en una mente afortunada, sino que han exigido un duro esfuerzo intelectual y una rara imaginación para ser producidas. Y una vez producidas, su influencia es grande. Esto puede ser cierto tanto de las teorías utópicas como de las hipótesis científicas.

## II

Los filósofos políticos y sociales explican la sociedad, cómo está constituida, cómo cambia, y también muestran cómo debe funcionar. Raramente se han preocupado de distinguir entre estas dos funciones; verdaderamente, la necesidad de diferenciarlas no ha sido sentida con intensidad hasta tiempos muy recientes, y aun hoy son confundidas con frecuencia. Pero ahora se las separa más que antes, y cuanto más se siente la necesidad de distinguirlas, más se menosprecia la segunda de dichas funciones. La ocupación adecuada del teórico político y social —en la actualidad son muchos los que prefieren hablar de *teoría* y no de *filosofía* política y social— es explicar cómo funcionan y cómo cambian las instituciones sociales y no defender o condenar el cambio. Su ocupación es explicar cómo se comportan los hombres en sociedad y no decirles cómo deben comportarse. Por mi parte, no veo por qué el filósofo social o político ha de quedarse en esto. Es verdad que en el pasado ha intentado ambas cosas y con frecuencia lo ha hecho mal; no hay duda, tampoco, de que se ganará mucho manteniendo ambas cosas separadas; pero yo no veo por qué se ha de abandonar la segunda en favor de la primera. En el pasado ambas han sido importantes, y en la actualidad se necesita de ambas más que nunca.

La filosofía política y social ha caído por muchas razones. Muchas teorías famosas se han mostrado totalmente inadecuadas como explicaciones de cómo funciona y cambia la sociedad; no se han ocupado de muchas materias, y, por el contrario, se han entretenido curiosamente con asuntos de extrema complejidad. Estas teorías han proclamado también, con poca verdad, su carácter científico; con esto no quiero decir que fueran inadecuadas a los hechos, sino que han hecho pasar como explicaciones afirmaciones que eran defensa de particulares puntos de vista. La tentación de desecharlas como puras fantasías es muy fuerte, pero, no obstante, debe resistirse. Aunque el elemento fantástico es grande en las teorías clásicas (entre las que, por supuesto, incluyo al Marxismo), lo mejor de ellas es producto de difícil pensamiento, aguda observación y vívida imaginación. Los conceptos que aún usamos cuando intentamos entender y explicar la sociedad son aportación conjunta de estas teorías. No hay duda

de que a medida que aumenta nuestra comprensión de los fenómenos sociales vamos descartando o modificando muchos de estos conceptos, pero el estudio de las teorías clásicas es útil tanto como disciplina mental como ejercicio lógico con el que desenmarañar las inconsistencias y confusiones del pensamiento. En el proceso de pensamiento por el que rechazamos como inadecuada la concepción de Hobbes acerca del poder o la distinción de Marx entre subestructura y superestructura estamos aprendiendo a pensar más profunda, cuidadosa y lúcida acerca de las instituciones sociales y políticas.

Aun si no tomamos las teorías clásicas como explicaciones de lo que ocurre, sino como alegatos a favor o en contra del cambio, podemos hallarlas más o menos realistas. Puede ocurrir que lo que ellas defiendan no sea querido por la mayor parte del pueblo o, al menos, por la gente capaz de seguir sus directrices, o que, aun siendo deseado, no sea factible, o bien que esté tan vagamente descrito que sea susceptible de muchas interpretaciones igualmente plausibles. ¿Cómo hemos de entender, por ejemplo, la fórmula marxista acerca del «desfallecimiento» o debilitación progresiva del Estado, o la afirmación de Rousseau de que la sociedad ha corrompido al hombre? No son éstas frases vacías, sino que expresan los sentimientos de hombres que gastan gran parte de sus vidas en pensar sobre la sociedad. Hay, sin embargo, dichos oscuros difíciles de penetrar. Y así sucede que incluso los que admiten que la teoría social y política es tanto defensa de lo conveniente cuanto explicación de la sociedad están frecuentemente descontentos y suman sus voces al coro de los destructores.

En Occidente la filosofía social y política no goza del prestigio de hace cincuenta años. Está abiertamente desacreditada, y seguramente la indiferencia o acaso el desprecio de ella sea igualmente grande en los países comunistas. Apoya nuestras sospechas la consideración de la flexibilidad de las doctrinas predicadas por Moscú y por los otros centros del poder comunista. Lo importante no es lo que diga una doctrina, sino la interpretación que de la misma impone quien sea lo bastante fuerte para hacer callar las opiniones del resto. Kruschev, no Molotov; Tito, no Djilas. Nos impresiona esto tan fuertemente que no podemos evitar creer que también impresiona a mucha gente en Rusia y Yugoslavia. El marxismo es allí un manto de autoridad que el



más ambicioso trata ansiosamente de agarrar; es arrebatado una y otra vez, y en la lucha se hace trizas. Pero todos pretenden que en sus manos se halla entero por el mito de que eso es lo que le hace valioso. Sin embargo, podemos preguntarnos si respetan verdaderamente lo que manejan con tanta aspereza.

La filosofía política y social ha sido a menudo pretenciosa. Acaso sea inevitable que ocurra así. A medida que el hombre se hizo más reflexivo y complicado sintió la necesidad de definir su lugar en el mundo. Sabiendo poco, e inconsciente de su ignorancia, construyó grandes fantasías, y, como era inevitable, siendo una criatura social, doctrinas sobre la sociedad y el gobierno tendrían un lugar destacado en esas fantasías. Era también natural que la explicación y la defensa, las dos funciones primarias de aquellas teorías, no se hicieran por separado. La defensa, la persuasión era lo más importante, pues se presumía que conservar el estado de cosas existente era seguir el deseo de Dios, o que estaba de acuerdo con lo que el hombre *esencialmente* es, o con lo que el curso de los acontecimientos había formado. Se pensaba que era posible descubrir cómo se debía comportar el hombre y cómo se había de organizar la sociedad considerando la voluntad de Dios como implícitamente revelada en la «naturaleza» del hombre y especialmente en aquéllas de sus cualidades (su razón y su capacidad de elegir deliberadamente) que no compartía con los animales «inferiores». Existía la creencia de que las desgracias del hombre, así como sus vicios, eran consecuencia de su ignorancia, de su limitado conocimiento y del escaso control sobre sí mismo y sobre su medio ambiente, de tal modo que en la medida en que su conocimiento y control aumentasen se haría más feliz y mejor. Esta fué la raíz del mito del progreso que comenzó a tener una poderosa influencia en Occidente hace dos o tres siglos. Esta influencia es muy grande todavía, aunque acaso menos en Occidente que en las sociedades en proceso de occidentalización. La filosofía social y política prosperó ampliamente sobre una u otra —o sobre las dos— de estas creencias: que puede descubrirse cómo debemos comportarnos y cómo debe organizarse la sociedad considerando lo que está implicado en nuestra capacidad de razonar y de querer, y que estamos impulsados a ser más felices, más libres y mejores a medida que crezca la comprensión y el control sobre nosotros mismos y sobre

nuestro ambiente. El debilitamiento de estas dos creencias ha disminuído el prestigio de la filosofía social y política.

Aun si rechazamos estas dos creencias no debemos negar la importancia de las filosofías sociales y políticas y de las filosofías morales íntimamente conectadas con ellas. El comportamiento del hombre civilizado depende (y depende grandemente) de la imagen que de sí mismo tenga. ¿Y qué ha hecho más, aparte de la religión, para crear esta imagen —o mejor, la inmensa variedad de imágenes— que la filosofía social y política? El hombre, en cuanto ser social y moral, es en gran parte una criatura de su propia imaginación. Sin duda que las teorías que su imaginación produce y en las que se nutre están parcialmente determinadas por su contorno social, pero ellas son parte de su vida tanto como cualquier otra cosa que haga, y afectan al resto de su conducta como ellas son afectadas por ésta. Ellas han sido (y lo son aún) un importante factor causal; y no podemos probar que no lo son señalando su inadecuación como explicaciones de hechos, o su falta de realismo en lo que ellas muestran como digno de intentarse, o la debilidad de las profecías que han hecho.

Como han mostrado, entre otros, los marxistas la conexión entre la teoría social y la práctica social es muy estrecha, pero es de diferente clase que la conexión existente entre las ciencias naturales y los fenómenos que estudian. Los marxistas han subrayado acertadamente el influjo de la práctica sobre la teoría. La teoría social no explica meramente la práctica social; la verdad es que, en el mejor de los casos, la explica imperfectamente, pero su función, históricamente, ha sido justificar y condenar más que explicar. Lo que los hombres sienten que necesita justificación o condena depende ampliamente del conjunto de sus deseos, los cuales, por su parte, dependen en gran manera de su lugar en la sociedad.

Pero esto es sólo una parte de la verdad. Tener un lugar en la sociedad es estar con otra gente en una intrincada red de relaciones que no sólo son físicas, emocionales y cognoscitivas, sino también morales. Todas las relaciones sociales son relaciones morales aun cuando no puedan reducirse exclusivamente a relaciones morales. Las gentes que están vinculadas socialmente de cualquier modo tienen derechos y deberes unas frente a otras, los cuales no son efectos de la relación, sino partes de la misma, en el sentido de que la relación no puede ser definida sin referen-

cia a estos derechos y deberes. Esto es cierto tanto en las relaciones sociales más «básicas» que se dan dentro de la familia y en el sistema productivo como en las otras. Si entonces las concepciones morales son llamadas —como hacen los marxistas— «ideológicas», debemos decir que la «ideología» entra a formar parte del tejido de las relaciones sociales, las cuales, de acuerdo con los marxistas, determinan su carácter general.

La tarea de la filosofía social y política ha sido explicar las relaciones sociales y también prevenir o estimular el cambio en ellas. Si se cae en la cuenta, una filosofía social y política afecta necesariamente a las opiniones acerca de los derechos y deberes y, por tanto, a las relaciones sociales en que los hombres están implicados unos con otros. No es problema el que sea inadecuada como explicación sistemática del funcionamiento de la sociedad, pues si es ampliamente aceptada tendrá un poderoso influjo en retardar o estimular el cambio social. Si los hombres aceptan una teoría burdamente inadecuada acerca de cómo se comporta el universo físico, éste continúa comportándose como lo hacía, pese a tal teoría. Por el contrario, si aceptan una teoría igualmente defectuosa acerca de la sociedad, ésta puede ser profundamente afectada por tal aceptación. La teoría social y política puede influir en nuestra conducta, al menos de dos modos: induciéndonos a creer que la sociedad está constituida de determinada manera e impulsándonos, por tanto, a obrar de acuerdo con tal creencia, y, en segundo lugar, cambiando nuestras ideas acerca de lo que es justo o deseable. Y esto lo puede hacer aunque esté enraizada en la ignorancia y la arrogancia.

Ahora estamos mucho más conscientes de esta ignorancia y arrogancia. Esperamos hacer progresos en lo que ahora nos gusta llamar las ciencias sociales, pero esperamos hacerlo lentamente. Sabemos qué complicados son los hechos que queremos estudiar, qué difícil medirlos, qué falaces, qué aptos para cambiar de carácter en el mismo proceso de estudiarlos e incluso como un resultado de tal proceso. Del mismo modo que la introspección cambia a un hombre, los estudios sociales cambian la sociedad.

Cualquiera que sea el progreso hacia un entendimiento más adecuado y más claro de la sociedad, la otra función tradicional de la teoría social, la normativa y prescriptiva, es probable que sobreviva. El hombre no es sólo una criatura de apetitos que vive al día; tiene ambiciones e ideales, siente la necesidad de

ser una clase de persona más que otra, de vivir una clase de vida con preferencia a otra. Pero las ambiciones e ideales del hombre cambian continuamente con sus condiciones sociales, afectadas por ellas y afectándolas a su vez. Como una criatura autoconsciente que busca definir y obtener sus ambiciones y sus ideales en sociedades en las que tiene que acomodar sus propósitos a los de otras gentes, siente la necesidad de elaborar no sólo teorías científicas sociales y políticas —con lo que quiero decir teorías cuyo propósito primario sea explicar los hechos usando métodos generalmente aceptados por personas competentes para juzgar de su adecuación a tal propósito—, sino también defensas sistemáticas en favor de un patrón de vida y de un orden social y político. Para distinguir esta segunda actividad de la primera, la llamaré filosofía práctica. La filosofía práctica, en este sentido, es tan necesaria al hombre como la psicología y las ciencias sociales. Si distinguimos entre las dos, si insistimos en su separación, lo que nuestros antepasados se preocuparon raramente de hacer, no preparamos el camino para excusarnos con una en favor de la otra. La filosofía práctica no es una aberración que pertenezca a la infancia de la raza humana; es una actividad tan madura, tan civilizada y tan razonable como la ciencia o el arte, y, sin embargo, no es ni lo uno ni lo otro.

El hombre en una sociedad primitiva y estable —o en una sociedad que dé por supuesta sin preguntarse cómo se ha producido, en qué consiste o si cambiará— puede actuar con la simple aceptación de las reglas morales y de las creencias corrientes en dicha sociedad; no necesita filosofía práctica. Esas reglas y creencias pueden, incluso, cambiar considerablemente en largos períodos de tiempo sin que el hombre sienta la necesidad de reflexionar persistentemente acerca de sí mismo y de su lugar en la sociedad y en el mundo, pues ese cambio puede producirse tan lentamente que difícilmente caerá en la cuenta de que está ocurriendo. Pero en una sociedad que cambie más rápidamente o que esté en estrecho contacto con otras sociedades diferentes o con memoria de un pasado largo y distinto, el hombre siente la necesidad de hacer inventario de sí mismo y de su contorno. Como es una criatura autoconsciente, cuya curiosidad acerca de él crece con su comprensión del mundo exterior, se hace reflexivo y filosófico. Siente la necesidad de hacer algo más que ampliar su comprensión de sí mismo y del mundo; siente también la nece-

sidad de un sentido de dirección, de una filosofía de la vida, de una fe que sea social tanto como personal y que pueda usarla para decidir lo que haya de hacer con los demás y consigo mismo. Las grandes religiones dogmáticas son también, en este sentido, filosofías prácticas; y el decaimiento de la religión no debilita de ningún modo la necesidad de tales filosofías.

No todos los hombres necesitan ni son capaces de adquirir una filosofía práctica, pero tampoco todos los hombres necesitan ni son capaces de tener, ni siquiera en una edad «teológica», una religión sistemática. Si ser cristiano implica tener una serie de creencias medianamente coherentes y explícitas, entonces, la mayor parte de la gente en la Europa medieval no era cristiana. Una fe religiosa o una filosofía práctica, si es que entendemos por ello una posición intelectual desarrollada, ha sido hasta ahora el privilegio —o acaso la carga— de una parte muy pequeña de la humanidad, incluso entre los pueblos más sofisticados y letrados. Sin embargo, excepto en las sociedades primitivas, se siente fuertemente la necesidad de una filosofía práctica desarrollada y explícita, vinculada o no con la religión. Y la minoría que siente esta necesidad es apta para convertirse en una de las más activas e influyentes de la sociedad. Es verdad que los ambiciosos y los dominadores no suelen ser filósofos por temperamento, pero en una sociedad sofisticada suelen imponerse como hombres que poseen propósitos comprensivos y bien pensados, tanto en el aspecto personal como en el social. Si no se proclaman filósofos, al menos se creen —aunque equivocándose frecuentemente— en posesión de una filosofía práctica más o menos definida y desarrollada. No es prudente que los políticos no tengan estas pretensiones, incluso en los países donde la filosofía no es muy estimada, ni siquiera en los Estados Unidos.

No sólo el filósofo es perturbado por los cambios y mudanzas de la sociedad moderna, sino que, incluso, el hombre no filosófico necesita algo que le sostenga moralmente. No puede fiarse de las costumbres estables ni de las creencias invariables ni construir por sí mismo una filosofía coherente, pero sí puede vincularse a algún partido, iglesia u otro cuerpo, o incluso a una persona, haciendo suyo su pensamiento y adquiriendo por lealtad a tal organización o persona un sentido de dirección, la sensación de que no se halla perdido en un mundo sometido a cambios que desbordan su comprensión. No puede ser su propio guía, pero

puede ponerse bajo la dirección de alguna organización o persona que le inspire confianza. Hay, sin duda, quien no necesita esto y que puede moverse sin una fe o una filosofía, sin una firme lealtad. ¿Quién puede decir cuántos son? Pero sean muchos o pocos, hay también muchos que necesitan una fe o una lealtad; y en estos tiempos de decaimiento de la religión, esa fe será fundamentalmente una filosofía práctica, social y personal, y esa lealtad será hacia una organización o persona que posea una filosofía de ese tipo. Incluso las iglesias están hoy día profundamente interesadas en la filosofía social y política: para satisfacer a sus miembros debe hacer algo más que enseñarles cómo estar más cerca de Dios o exhortarles a tratar con caridad a sus prójimos; deben proveerles de un sistema de creencias apropiado para ayudarles a tomar una actitud consistente ante los problemas sociales y políticos. Si una iglesia fracasa en esto, pierde mucho de su influjo sobre sus creyentes.

La ciencia ha hecho progresos para aclarar algunos conceptos usados en su infancia en los que estaba mezclada con la teología y la metafísica, de tal modo que el abandono de esos conceptos por la disciplina intelectual que ha hecho más para incrementar nuestro control sobre la naturaleza y sobre nosotros mismos, ha servido para debilitar la autoridad de las disciplinas que todavía usan dichos conceptos. El espíritu científico ha socavado, directa o indirectamente, mucho de lo que era atractivo y persuasivo en los viejos sistemas filosóficos, políticos, sociales y metafísicos. Esto ha cortado las alas de la filosofía social y política, pero no disminuye la necesidad de una filosofía de la vida, de una filosofía práctica que hoy día no será adecuada a menos de que se trate de una filosofía social y política tanto como personal. Yo pensaría que esto es obvio si no hubiera gente, incluso en las universidades, que parecen pensar de otro modo.

Sus dudas persisten, según creo, por el fracaso de hacer algunas distinciones muy simples. Estas gentes, si permiten alguna función a la filosofía política y social, es para dejarla reducida a menudo a un mero «análisis lingüístico»; la tarea de tal clase de filosofía, tal y como ellos la ven, es examinar el lenguaje de la política y de las ciencias sociales, tanto el usado por los políticos activos y por los «social workers» como por los teóricos del gobierno y la sociedad.

Muy lejos de mí restar importancia al análisis lingüístico, es-

pecialmente en los estudios políticos y sociales, en los que existe gran confusión de pensamiento de tal modo que posiblemente se da en esta esfera más que en ninguna otra la necesidad de tal análisis, precisamente porque sobreviven en ella muchos conceptos tomados de la teología y de la metafísica, que más que ayudar, confunden cuando son aplicados para describir fenómenos políticos y sociales. Sería una gran ayuda para los teóricos de la sociedad el que se mostrase cuándo estos conceptos son defectuosos; y esta labor puede ser llamada propiamente filosofía. Pero este servicio a los estudios sociales —así deben esperar al menos aquellos de nosotros que tienen interés en ellos— no es necesario que sea perpetuo. Una vez que estén libres de la teología y de la metafísica, tanto de hecho como en la intención, una vez que sean propiamente ciencias sociales, deben cuidar de su propio vocabulario y métodos, del mismo modo que las ciencias naturales. El físico y el biólogo no piden al filósofo que analice sus conceptos fundamentales ni le preguntan qué métodos han de usar. Aunque el filósofo conoce un buen número de cosas acerca del uso de las palabras y acerca del método científico que desconocen los científicos, y que no necesitan conocer, no es el oficio de la filosofía proveer a las ciencias naturales ni de los conceptos ni del método que han de usar. Y lo mismo ocurre con respecto a las ciencias sociales. La filosofía, incluso en la forma de lógica y análisis lingüístico, no es la sirvienta ni la señora de la ciencia aún cuando parte de lo que estudia es cómo la ciencia amplía nuestros conocimientos.

No existe en ninguna de las ciencias una clara división de trabajo entre los que examinan críticamente los métodos y conceptos existentes, sugiriendo otros nuevos, y los que atienden exclusivamente a los fenómenos que se estudian y explican con tales métodos y conceptos. Sin duda hay personas más aptas que otras para criticar los modos establecidos de pensamiento y para plantear nuevas cuestiones; el autocriticismo y la imaginación ayudan a la ciencia a hacer progresos tanto como la observación cuidadosa. Existen actividades diferentes para las que se requieren aptitudes diferentes, pero no es lo mejor mantenerlas muy separadas. La tarea de la ciencia es explicar, y sus instrumentos son las palabras y otros símbolos; corresponde a los que usan tales instrumentos juzgar acerca de su adecuación y decidir qué hay que aclarar, qué aceptar provisionalmente y qué inventar. Si el simple

teórico del gobierno y de la sociedad que busca exclusivamente explicar los hechos necesita cierto conocimiento de la filosofía tradicional, mientras que el físico o el biólogo no lo precisan, se debe todo a que ha de cargar con un vocabulario que en gran parte procede de la teología y de la metafísica. Cuando una ciencia está plenamente lograda y ha adquirido un vocabulario exactamente adaptado a sus necesidades ordinarias, la labor del análisis lingüístico, aun siendo importante, no es ni mucho menos la principal; los viejos conceptos son aclarados de vez en cuando y otros nuevos son adoptados. Estos cambios marcan a veces evoluciones profundas del pensamiento, pero aun cuando ocurre esto, los conceptos aclarados pueden seguirse usando y servir para la explicación de hechos. Y aunque la introducción de nuevos conceptos puede estimular rápidamente nuevos campos de investigación, conduciendo a una gran acumulación de conocimiento y a la transformación de una rama de la ciencia en una o dos generaciones, el paso no es del caos al orden, sino de un orden menos pleno a otro más comprensivo. La aclaración de conceptos y la introducción de otros nuevos impulsa la extensión del conocimiento, estimulándole y siendo estimulada por él, aunque el movimiento progresivo es mayor en unos momentos que en otros. No existe el problema de aprender a usar de un modo más preciso una plétora de ideas tomadas de otras disciplinas, ni tampoco el de desembarazarse de ellas; ideas que acaso han impedido durante siglos el progreso de los estudios sociales. Por ello no se destaca la necesidad del análisis lingüístico, como aún sucede en los estudios sociales, por lo que no se precisa un cierto conocimiento de los grandes sistemas clásicos de filosofía. El científico natural puede ignorar la filosofía analítica, pero el científico social no puede hacer tal cosa.

Existe, sin embargo, esa otra actividad de la que ya he hablado y que por tradición es llamada también filosofía. No es metafísica ni filosofía analítica, pero la necesidad de ella es ahora más grande que nunca, sin que importen los triunfos de las ciencias naturales y sociales ni la clase de análisis lingüístico, que muchos de los que lo practican piensan que es fatal para las pretensiones de la teología y de la metafísica. Esta actividad consiste en la formulación de filosofías vitales prácticas y coherentes, tanto para el individuo como para la sociedad. Aunque estas filosofías han estado en el pasado íntimamente conectadas con la teología



y la metafísica, no existe una necesidad lógica de tal conexión. Los ateos, los agnósticos y los positivistas necesitan tales filosofías tanto como los demás. En verdad, sus creencias sobre cómo los hombres deben comportarse y cuáles deban ser sus fines y acerca de cómo deba organizarse la sociedad y el gobierno, son frecuentemente las mismas de la gente profundamente religiosa, y esto es así porque tales creencias a menudo no se mantienen o caen con los sistemas religiosos o metafísicos con los que han estado estrechamente conectados por razones históricas.

A causa de que esta conexión ha sido tan estrecha y ha durado tanto tiempo, hay mucha gente que piensa que, una vez que ha sido rota, los hombres quedan abandonados sin un «sentido de propósito en la vida»; o, en otras palabras, sin una filosofía práctica lo bastante profunda como para hacer que la vida les parezca digna de vivirse. Pero es este un problema que no puede ser resuelto considerando cómo siente la gente ahora. El decaimiento de las grandes religiones dogmáticas y de los sistemas metafísicos y filosofías de la historia que para mucha gente ha tenido lugar, no ha sucedido hace mucho tiempo; se está produciendo ahora. Es natural que este decaimiento produzca a mucha gente una profunda sensación de pérdida. Pero está por probar que esta sensación seguirá siendo tan profunda que impedirá adquirir a mucha gente que siente la necesidad de ello una filosofía práctica con fuerza suficiente para dar un sentido a sus vidas. No hay ninguna evidencia de que vaya a ocurrir así.

### III

Si se pregunta, como se hace a veces, si la filosofía política es posible por más tiempo, la respuesta es rotundamente: sí. Es probable que la filosofía política descansa en el futuro, mucho menos que en el pasado, sobre afirmaciones teológicas y metafísicas, sobre proposiciones sobre la naturaleza esencial de Dios, del universo o del hombre, o del curso predestinado de la historia. Descansará más frecuentemente en principios morales, que no tendrán la pretensión de derivarse lógicamente de nada más fundamental. Formular y explicar sistemáticamente qué clase de instituciones políticas y de acción política se necesitan para poner estos principios en práctica, será la principal tarea de la filosofía

política en cuanto distinta de la ciencia política; y la filosofía política será una parte —una parte importantísima— de la filosofía práctica. Siempre fué éste el menester de la filosofía política, aún en los días en que la filosofía estaba más estrechamente ligada a la teología o a la metafísica; y el debilitamiento o el corte de tal ligamen no afecta a la tarea que se ha de hacer.

Se puede objetar que una filosofía política o social que no descansa en nada más «último» que unos principios morales está basada en arena movediza. Pero, ¿en qué han diferido más los hombres sino en los principios morales que han aceptado? Los que plantean este problema no esperan ordinariamente una respuesta. Pero existe una simple respuesta para ellos. Las teorías acerca de Dios, del universo o de la «naturaleza esencial» del hombre o del curso predestinado de la historia, han diferido tanto al menos, si no más, que los principios morales, y por eso han variado con ellos. Si tales teorías eran meramente descriptivas, ningún principio moral se seguiría lógicamente de ellas; pero en efecto ellas nunca han sido así. Son siempre parcialmente descriptivas aun cuando no lo parezca; contienen siempre afirmaciones acerca de cómo deben comportarse los hombres hechas como si fueran afirmaciones prácticas sobre la naturaleza del hombre, de Dios, del mundo o sobre el curso de la historia. Estos principios morales son generalmente entendidos más fácilmente que las teorías en las que están incorporados y son a menudo aceptables para gentes que no entienden las teorías o que las rechazan sobre la base de que son incoherentes, demostrablemente falsas o fantásticas. Pueden, en cualquier caso, considerarse apartados de tales teorías. Podemos preguntar en qué medida, y podemos también preguntar qué se ha de hacer, social y políticamente, para darlas efecto. Ciertamente, no necesitamos rechazarles porque rechazemos las teorías con que están conectados históricamente.

Aunque las reglas de acción no pueden derivarse lógicamente de afirmaciones de hecho, están siempre estrechamente relacionados no sólo a las necesidades de los hombres, sino a sus concepciones sobre el mundo, la sociedad y la naturaleza humana. Con el progreso de la ciencia y, especialmente, de la psicología y de las ciencias sociales, las concepciones del hombre sobre sí mismo y sobre sus relaciones con los demás cambian profundamente e igualmente lo hacen sus necesidades, sus aspiraciones y sus principios morales. Las relaciones de la filosofía práctica con la cien-

cia serán siempre estrechas; sin embargo, serán diferentes. Por eso, la filosofía social y política, que es una gran parte de la filosofía práctica, será siempre diferente en principio de la ciencia social y política, aunque siempre íntimamente relacionadas con ella. De que los principios morales en los que tales filosofías han descansado durante cierto tiempo no sean aceptables para cualquiera en todas las épocas, ni puedan ser derivadas lógicamente de la ciencia (ni de la teología, la metafísica o la historia en cuanto meramente describen lo que es, ha sido o será), no se sigue que sean arbitrarios, inútiles o de poca importancia para los negocios humanos.

En una sociedad libre habrá siempre una gran variedad de filosofías morales, y, por lo tanto, de filosofías sociales y políticas. La gente no estará siempre de acuerdo sobre cómo debe vivir el hombre, cómo debe organizarse la sociedad y cómo dirigir el gobierno para hacerle capaz de vivir como debe. Habrá una amplia variedad de filosofías prácticas, propias de individuos y de grupos y también ciertas reglas de tolerancia y cooperación, generalmente aceptadas, que permitan a gentes con diferentes filosofías prácticas vivir juntos pacíficamente. La filosofía de las personas y de los grupos cambiará no sólo con las condiciones sociales y con el progreso de las ciencias, sino que también lo harán las reglas generalmente aceptadas y la filosofía práctica propia de la sociedad libre como un todo. Esta filosofía común no será una filosofía de la vida, no bastaría por sí sola para dar un sentido a la vida; su función consistirá en capacitar a los hombres para dedicarse a sus diferentes propósitos pacífica y amistosamente. Para cualquiera educado en una sociedad en la que una particular filosofía práctica haya tenido una influencia muy poderosa en la conducta de los hombres, la filosofía común de la sociedad libre debe parecerle miserablemente débil; lo cual es cierto en parte, pues no enseña a los hombres a vivir, sino a ser tolerantes y cooperadores a pesar de las grandes diferencias de opinión acerca de lo que hace a la vida digna de ser vivida y a la sociedad buena. Al mismo tiempo, la gran variedad de las filosofías personales y de grupo le parecerá turbadora y caótica. Hallará difícil de creer que tales filosofías puedan proveer a sus adherentes de sistemas coherentes de creencias capaces de hacer de la filosofía una guía satisfactoria de la vida. Pero este escepticismo puede estar mal fundado; puede ser debido simplemente al influ-

jo que sobre él ejerce su propia clase de sociedad. La gente que ha sido acostumbrada a pensar y sentir como sus prójimos se siente a disgusto por las divergencias de opinión acerca de cuestiones fundamentales y son por eso propicios a pensar que los otros deben sentir como ellos. Sin duda que para el hombre civilizado, la felicidad depende ampliamente de un coherente sistema de valores firmemente mantenido; y puede ser verdad que esto se adquiera más fácilmente en una sociedad autoritaria que en una libre, pero no quiero aventurar una opinión. -

Sin embargo, sea la sociedad libre o autoritaria, la necesidad de una filosofía de la vida, que incluye la necesidad de una filosofía política y social, es igualmente fuerte. Es una necesidad que en ninguna manera se debilita por el progreso de la ciencia o por el decaimiento de la teología o la metafísica o por la perfección del análisis lingüístico; es ésta una necesidad que ninguna de las ciencias, incluidas las ciencias sociales, puede satisfacer. Es una necesidad no de ciencia, sino de una filosofía de la vida íntimamente ligada a nuestra concepción del mundo real, aunque diferente en especie de él. El hombre necesita de ello porque es una criatura social, racional y con propósitos, cuyo conocimiento de sí mismo y del mundo que le rodea está incrementándose, que no vive «al día», sino que intenta organizar su vida como un todo, que no puede fiarse del hábito y de la costumbre, sino que debe tener también fe y lealtades; lo necesita para sentirse en el mundo como en su casa y para sentirse a sí mismo como su propio dueño.

JOHN PLAMENATZ

## R É S U M É

*L'auteur se pose le problème du manque de prestige de la philosophie sociale et politique qu'il attribue au scepticisme au sujet de l'influence des idées sur l'histoire. Dans l'actualité en souligne avec préférence le rôle déterminant des conditions sociales, remarquant au contraire que les philosophies ne sont généralement pas suivies au moment de l'action. De même on diminue la valeur des grands penseurs en les considérant des simples porte-voix des idées communes de leur époque. L'auteur s'occupe de ces arguments en faisant voir que malgré ceux-ci l'influence de la philo-*

sophie est incontestable. Le cours de l'histoire aurait été différent sans la labeur des penseurs.

Auparavant on ne faisait pas de distinction entre les deux fonctions fondamentales de la philosophie politique et sociale: expliquer quelle "est" la constitution de la société et montrer comment elle "doit" fonctionner. Cette distinction est importante. La connexion entre la théorie et la pratique sociale et politique est très étroite.

Excepté dans les sociétés primitives, les hommes ont besoin d'une philosophie qui leur enseigne quelle est leur place dans le monde et dans la société. Ils ont aussi besoin d'une philosophie pratique qui leur indique quelle doit être leur conduite envers les autres hommes. La philosophie sociale et politique est une partie de cette philosophie pratique. Cette nécessité est plus grande dans une société soumise à des changements rapides. Sans des croyances l'homme ressentirait une sensation de perte.

La tâche de la philosophie sociale et politique ne peut être réduite à une simple analyse linguistique. Son but est d'obtenir une explication de la société. Sans doute dans la phase actuelle du développement des sciences sociales on ne dispose pas d'un vocabulaire et d'une méthode unanimement acceptés, raison pour laquelle cette tâche analytique ne peut être écartée.

L'homme a besoin d'une philosophie vitale intimement liée à sa conception du monde, car c'est un être social, rationnel, qui essaye de réaliser des projets et qui a besoin d'organiser sa vie comme un ensemble.

#### S U M M A R Y

The author brings forward the problem of the lack of prestige in social and political philosophy by attributing it to excepticism concerning the influence of ideas on history. In present day times the determining rôle of social conditions is especially underlined, describing, to the contrary, how little philosophies are followed at the time of action. In the same way the great thinkers are underestimated in their time, considering them merely as mouthpieces for common ideas. The author deals with such arguments and demonstrates how, in spite of them, the influence of philosophy is

unquestionable. The course of history would have been very different without the labour of the thinkers.

Before, one could not distinguish between the two fundamental functions of political and social philosophy; that of explaining which "is" the society's constitution and that of showing how it ought to function. Such a distinction is very important. The connection between theory and social and political practice is very narrow.

Except in primitive societies, men require a philosophy that teaches them which is their place in the world and in society. They also need a practical philosophy which indicates to them their proper behaviour with other men. One part of this practical philosophy is social and political philosophy. This need is greater in a rapidly-changing society. Man experiences a feeling of loss without these beliefs.

The task of social and political philosophy cannot be reduced to a mere linguistic analysis. Its purpose consists in obtaining an explication from society. It is certain that there is no vocabulary or unanimously accepted method in the actual phase of development, which makes it impossible to evade this analytical task.

Man needs a vital philosophy intimately connected with his conception of the world, as he is a social and rational being who tries to achieve his aims and who needs to organize his life as a whole.